

Los sofismas del FMI

El Fondo Monetario Internacional ha detectado que en Venezuela existen serios problemas económicos. Otros muchos sectores y personas también, y en consecuencia han hecho propuestas de solución. Se habla de la necesidad de implementar cambios drásticos en la conducción económica del país, se propone cómo habrán de ser esos cambios, se señalan sus raíces, se nombra a sus responsables, etc.

Todos los diagnósticos dependen de la forma como se acceda a la realidad —más o menos abarcadoramente— y de los intereses, ocultos y manifiestos, vinculados al análisis.

Cuando se mutila la realidad o simplemente se la pasa por alto en virtud de los intereses defendidos, decimos que el análisis y la propuesta resultante son ideológicos, en el peor sentido del término, sofisticados, en su pretensión de universalizar juicios contingentes y particulares. En esta situación se encuentra el FMI y su "receta" para sanear la economía venezolana. Sus juicios son contingentes —sus premisas teóricas sólo bajo muy especiales condiciones económicas, que casi ningún país reúne actualmente ni ha reunido jamás, son aceptables— y particulares —los intereses que defiende no son los de todos los países miembros sino los del "grupo de los diez", eufemístico nombre con el que se designa a los diez países más poderosos del sistema monetario internacional—. Pero los sofismas del FMI no sólo son pobres sino que además implican una lógica de la muerte. Veámoslo.

Los medicamentos recetados para "sanear" la economía venezolana son:

- Devaluación lineal y drástica del bolívar (225 por ciento).
- Contención de las presiones salariales.
- Reducción drástica del gasto público.
- Eliminación de toda clase de subsidios.
- Traslado de todos los efectos inflacionarios de la devaluación al consumidor final —para lo cual habría que liberar los precios— sin compensaciones salariales de ninguna clase.
- Contención del crédito por la vía de la reducción de la liquidez.

Venezuela ya vivió bajo alguna de las pautas económicas antes apuntadas —política económica de los comienzos del presente gobierno— y sus resultados son ampliamente conocidos. Pero si esto no fuera suficiente, bastaría recordar la experiencia reciente de los países del Cono Sur donde la "receta" ha producido la crisis más aguda y profunda de la historia económica de estos países. Además muestra cómo no es compatible con la democracia buena, mala o regular y requiere regímenes de Seguridad Nacional. Ninguna democracia resiste las presiones sociales que la aplicación de la receta supone.

¿Cuál es entonces la intención del FMI? ¿Qué busca, si ya vemos que no puede sanear la economía de ningún país?

El FMI surgió como el árbitro monetario del sistema capitalista mundial a instancias de los vencedores de 1945. Su finalidad teórica es "ayudar a corregir los desequilibrios monetarios que surjan del intercambio mundial". Siempre ha ejercido su función... privilegiando los intereses de los vencedores de la segunda guerra mundial. Siempre se ha cuidado de encubrir esta intencionalidad detrás de teorías económicas sofisticadamente construidas. Su última adquisición es la teoría monetarista de Milton Friedman y sus muchachos de Chicago, reedición del antediluviano liberalismo del siglo XVIII.

Lo que pretende el FMI en estos tiempos es provocar tal desmantelamiento en las economías del Tercer Mundo —en especial de aquellas a las que puede obligar en virtud de sus voluminosas deudas externas— que la salida de la recesión actual de los países desarrollados se realice mediante una nueva expansión de las transnacionales al interior de las economías tercermundistas. Expansión que se vio detenida y atenuada, en parte, por acciones conjuntas o individuales de los países del sur, como las llevadas a cabo por la OPEP en la década pasada.

Para nosotros lo grave del asunto está en que, al parecer, el FMI ha venido a "notificar" cuáles serían las condiciones bajo las cuales la banca multinacional refinanciaría nuestra deuda externa.

Actualmente el gobierno de LHC está librando la batalla para lograr el refinanciamiento de nuestra deuda sin necesidad de aceptar la "receta" del FMI —lo puede hacer, porque hay condiciones reales y financieras que lo permiten— pero como de costumbre está librando la batalla en solitario, ocultándole al país las dimensiones del problema, creyendo soberbiamente que no necesita el consenso. Esta puede ser su debilidad en la mesa de negociaciones.

De imponerse la propuesta del FMI —por mucho que se vea atenuada— ya no sólo el pueblo sino incluso la burguesía nacional sufriría nefastas consecuencias. Porque para el FMI sanear una economía es destrozarla en beneficio de los intereses del gran capital transnacional y de los países en los que dichos capitales residen. Por lo tanto es todo el país, y no sólo el gobierno, el que debe arrojarle un no rotundo en la cara al FMI... Podemos hacerlo siempre que seamos capaces de elaborar una contrapropuesta nacionalista y que tome en cuenta las aspiraciones de las mayorías y siempre que estemos dispuestos a asumir los costos que esto conlleva.